

VI Jornadas de Historia Política. Argentina, siglos XIX y XX

MESA 2: Elecciones y Movilización

COMENTARIOS GENERALES SOBRE LAS PONENCIAS

Como suele suceder, el tiempo que dista entre la entrega de la ponencia y el momento de la exposición hace que este último presente ciertas diferencias con lo escrito oportunamente. Algunos puntos que en la versión inicial estaban apenas desarrollados fueron aclarados en la exposición, y otros que parecían más logrados en la instancia escrita, en verdad fueron oscurecidos por la exposición. Quiero decir que la exposición en este último caso mostró más claramente aquellas debilidades insinuadas. De modo que me limitaré a comentar la versión escrita de las ponencias.

De alguna manera, las ponencias son indicativas de los enfoques hacia donde se han orientado desde hace algún tiempo los estudios de historia política. Dos de ellas, y desde perspectivas diferentes, hacen referencia a las dimensiones electorales de la vida política (desde las movilizaciones colectivas hasta las intrigas palaciegas), y otra –la del Prof. Carnagui- remite al itinerario personal de un actor, Carlos Disandro, integrante de la Concentración Nacional Universitaria, describiendo así su tránsito del catolicismo al peronismo entre 1955 y 1976, pero también inscribiéndose en una historia de la política que tiende a ver en el papel de los intelectuales un campo sugestivo de aproximación.

En cuanto a su confección, me refiero al grado de elaboración erudita y densidad conceptual, es posible advertir que los autores de estas ponencias se encuentran en instancias muy diversas en la concreción de sus proyectos de investigación. En el caso de Marianne, se observa un estado avanzado de la investigación, por lo tanto, su ponencia cumple casi con el formato de un artículo que podría ser enviado a una revista académica tal como está. En Carlos y en Juan Luis se advierte aún el peso de la etapa heurística, pues refieren más al momento de la exploración que a la instancia de la argumentación, dado el papel primordial que se le asigna en los textos al archivo. Aunque, para ser justos, habría que señalar que en el caso de Carlos el análisis del acervo documental es particularmente intensivo, mientras que en la ponencia de Juan Luis el lector tarda en encontrarse con el actor político que se estudia. Disandro aparece como entidad de observación recién a mitad de la ponencia.

También son visibles las diferencias en cuanto a los supuestos que organizan sus relatos. Supuestos no enunciados acerca del funcionamiento de lo político, pero que se pueden identificar claramente a partir de las elecciones argumentales que hacen los autores.

- a) Para Marianne, la política es ante todo una disputa, esa disputa es colectiva, es territorial, es simbólica, y sobre todo, la política se identifica en la tensión entre práctica y representación. Desde una perspectiva que se filia en una dimensión antropológica, es fácil advertir que la autora plantea que el peso de las culturas políticas (“lo imaginario”) condiciona o limita el campo de lo posible de las

decisiones personales: de allí que radicales personalistas y antipersonalistas, más allá de las retóricas y los motivos que los alejaban acerca del ejercicio de la política (unos más propiamente facciosos; otros más cercano al republicanismo), en la práctica funcionaran de un modo bastante similar. (P.e.: el caso de Cantoni). También en esta noción de fuerzas impersonales en acción, la autora recurre al concepto de “cultura de la movilización” acuñado por Hilda Sabato para describir uno de los aspectos de la vida política porteña de la segunda mitad del siglo XIX, y lo utiliza para mostrar la pervivencia residual en los entrados años '20 de una forma de hacer política de carácter decimonónico. Así, en este mundo político la violencia, la belicosidad, la dialéctica del desafío y de la réplica viril fuertemente ritualizada, van ganando el territorio de la política en una puja por lo que la autora llama “la anulación simbólica del adversario”. En este punto, quizás Marianne no alcanza a capitalizar las conclusiones a las que el propio trabajo la conduce, pues prefiere pensar en términos de disputa simbólica, mientras que todos los datos que aporta también la ayudarían a identificar con mayor peso argumental el papel “material” de la violencia política en la disputa territorial y aún en la simbólica.

- b) Para Carlos, en cambio, la política pareciera reducirse a las relaciones cuasi-palaciegas, donde los actores se encuentran en constantes climas de intriga. La política –desde este supuesto- es ante todo “juego político”. Así, el autor hace un uso intensivo del archivo Frondizi para tratar de observar de qué manera su presidencia –y en particular su entorno más cercano- evaluaba los peligros políticos que acechaban su gobierno. Más allá de que el autor recurre argumentativamente a dos conceptos no del todo definidos y que podrían remitir a una noción de la política donde las causas profundas juegan algún papel explicativo (“república frondizista” y “espíritu de la Libertadora”), en general su desarrollo es de tipo acontecimental, y en el mismo, el papel del archivo cobra una centralidad tal que hace poco identificable el lugar del problema que desea estudiar. De algún modo, el análisis de este archivo poco explorado aún no logra hasta el momento presentar una hipótesis alternativa sobre la caída del gobierno de Frondizi, visible en la bibliografía específica sobre el período y que el autor maneja claramente.
- c) Finalmente, en el caso de Juan Luis, la perspectiva que domina es la del actor político individual frente a las circunstancias. Una variante familiar de la biografía heroica de Carlyle, donde el actor no sólo se coloca en la centralidad del relato, sino en la centralidad argumental. En este sentido, la particularidad de Disandro está dada en el hecho de que este profesor nacionalista y católico se identificó con el peronismo en el momento en que el grueso de los referentes del nacionalismo y el catolicismo habían pasado a la oposición en 1954. Además, a partir de 1955, Disandro comienza un proceso de radicalización política (a partir también de la pérdida de su puesto de trabajo en la UNLP) hasta convertirse en un referente importante de los jóvenes radicalizados de la derecha platense en los años '60.

Más allá de estas hipótesis sugerentes, el texto presenta cierta inmadurez en su confección, comenzando por el hecho de que el título no corresponde con el contenido de la ponencia. Se utilizan en ella muchos conceptos (hispanismo, nacionalismo, catolicismo, derecha peronista) que merecerían una definición clara y operativa de los mismos. La ausencia de estas conceptualizaciones da por sentada una lectura más ideológica que historiográfica del fenómeno, y al mismo tiempo, se avanzan hipótesis –la relación de Disandro con el montonerismo- que luego no se desarrollan en el cuerpo del texto. En fin: considero que sería necesaria una justificación mayor del actor elegido en términos de relevancia o novedad; una construcción más elaborada que identifique las trayectorias con los contextos en función de un problema, y por

último la exploración intensiva de los documentos personales de Disandro, así como los de las asociaciones culturales y políticas a las que perteneció. Sobre estas dimensiones, existe un importante caudal bibliográfico en la historiografía sobre los intelectuales.

Dr. Ricardo Pasolini
(CONICET-IEHS)